

na viuda de Napoleón, abandonándose á una alegría infatigable, paseaba sin vergüenza por todos los sitios públicos y en todas las reuniones su jovialidad, su embarazo y no sabemos qué oficial alemán de quién soportaba, en aquella época, la despótica intimidación. El viejo rey de Nápoles observaba una conducta opuesta; eligiendo para sus paseos los sitios más retirados, marchaba horas enteras entre dos capuchinos, que con las manos metidas en las mangas de sus parduscos hábitos, guardaban, como su señor, el silencio más absoluto. Los demás soberanos, sus cortesanos y sus ministros distaban mucho de someterse á tal soledad y á tal silencio; al ver el ardor con que se precipitaban en los placeres, hubiérase dicho que, apremiados por la marcha del tiempo y por la brevedad de los días contados á los más poderosos, se apresuraban á gozar de las distracciones de aquel congreso, que todos consideraban como el último. El día se pasaba en paseos á caballo, en excursiones ó en visitas, y cada noche había comidas, bailes, representaciones de óperas, comedias ó dramas, conciertos é iluminaciones. Utilizóse, para dar la mayor suma posible de placeres á los monarcas, el anfiteatro romano, orgullo de Verona. Esta ciudad no contaba más que unos 50.000 habitantes, y en aquellos días se elevó á 100.000 con los forasteros que acudieron á presenciar las fiestas. Sin embargo, tanto gentío no bastó para llenar el inmenso recinto del teatro antiguo y se le completó mediante una batida de espectadores hecha en los pueblos inmediatos.

Entregados á todas aquellas fiestas, los plenipotenciarios de las diferentes naciones apenas fijaban su atención en las cuestiones presentadas por Montmorency; reuníanse cada mañana para separarse en seguida sin haber resuelto nada. Hay que advertir que no estaban de acuerdo; Austria y Prusia que, como ajenas á toda relación directa ni indirecta con España, mostrábanse tan indiferentes que lo mismo les daba que se mantuviera ó cayese la Constitución de 1812, veían un verdadero peligro para la paz general de Europa en una guerra cuya duración ni resultado se podía prever. Verdad es que Rusia, dominada por su odio á las revoluciones, se halla dispuesta á prestar su apoyo á todo esfuerzo que tendiese á extinguir en su foco la revolución española; pero Inglaterra rechazaba altamente toda idea de intervención. La muerte de lord Castlereagh no sólo había modificado el gabinete británico en su personal, sino que también había determinado un cambio en el sistema político del gobierno de Londres. El nuevo ministro de Negocios extranjeros, sir Jorge Canning, hombre de gran cultura y elevada inteligencia, no abrigaba contra la libertad y contra las constituciones la hostilidad sistemática de su antecesor. Además, los intereses de Inglaterra no le permitían dejar que Francia operase en España una contrarrevolución que, asegurando al gabinete de las Tullerías, en las cuestiones de la Península, una influencia incontestada, podía conducir á tratados de comercio perjudiciales á la industria y á la navegación británicas. Las instrucciones de lord Wellington, redactadas más bien en previsión de esta eventualidad comercial que con las miras de un respeto desinteresado por la independencia y por los derechos del pueblo español, eran, pues, contrarias á la política de invasión. El 17 de noviembre, después de un mes

de conferencias tenidas sin regularidad alguna, cada potencia depositó sobre la mesa del congreso su contestación á las tres consultas de Montmorency.

La Prusia declaraba:

Sobre la PRIMERA CUESTIÓN: «Que si la conducta del gobierno español respecto á Francia obligaba á esta última potencia á romper sus relaciones diplomáticas con la corte de Madrid, no vacilaría en imitarla;»

Sobre la SEGUNDA CUESTIÓN: «Que si el gobierno francés, á pesar de hacer todo lo posible para evitar la guerra, se veía obligado á declararla, Su Majestad Prusiana se uniría á los monarcas aliados suyos para prestar al gabinete de las Tullerías el apoyo moral necesario para fortalecer su posición;»

Sobre la TERCERA CUESTIÓN: «Que en caso de que los acontecimientos hicieran experimentar á Francia la necesidad de un auxilio más activo, Su Majestad Prusiana consentiría en prestarle este género de auxilio, en cuanto las necesidades de su situación exterior é interior se lo permitiesen.»

La contestación de Austria era idéntica á la de Prusia sobre las dos primeras preguntas; en cuanto al auxilio material, «no lo negaba, pero sería necesaria una nueva deliberación común de las potencias aliadas para determinar la extensión, la cantidad y la dirección del mismo.»

Más osada que sus aliados, Rusia respondía que sí á las tres preguntas del plenipotenciario francés; no solamente retiraría á su embajador de Madrid, sino que estaba dispuesta además á prestar á Francia todo el apoyo moral y material que necesitase, sin condición ni restricción alguna.»

Faltaba Inglaterra: su representante empleaba un lenguaje tan claro como el de Rusia; pero su declaración era muy indiferente. Negándose á examinar cada consulta separadamente, y considerando la cuestión en conjunto, lord Wellington decía: «El gobierno de Su Majestad Británica opina que censurar los negocios interiores de un Estado independiente, á menos que estos negocios no afecten á los intereses esenciales de los súbditos de Su Majestad, es incompatible con los principios conforme á los cuales Su Majestad ha obrado invariablemente en todas las cuestiones relativas á los negocios interiores de los demás países. Por consiguiente, el gobierno del rey de Inglaterra debe negarse á aconsejar á Su Majestad que use en la ocasión presente un lenguaje común con sus aliados. Es tan necesario para Su Majestad que no se suponga que toma parte en un acto de semejante naturaleza, que el gobierno británico debe abstenerse igualmente de aconsejar al rey que dirija al gobierno español comunicación alguna respecto á las relaciones de este gobierno con Francia.»

La oposición del plenipotenciario británico fué más lejos: rompiendo, por decirlo así, la alianza que existía desde 1814, se negó á unir su firma á la de los demás plenipotenciarios en las actas de las dos sesiones en que las preguntas de Montmorency y las contestaciones de las tres grandes potencias del Norte, como también su propia declaración, habían sido depositadas sobre la mesa de las conferencias (20 de octubre y 17 de noviembre). A pesar de esta escisión, Montmorency consideró las promesas de los gabinetes de Viena, San Petersburgo y Berlín como un resultado bastante conside-



ALEJANDRO I, EMPERADOR DE RUSIA



rable para llevar él mismo la noticia á su gobierno; salió de Verona el 20 de noviembre y llegó á París el 30, diez días después de las elecciones de la serie cuyos poderes habían expirado.

Estas elecciones, verificadas el 13 de noviembre en los colegios de distrito y el 20 en los comicios de departamento, adquirieron de la situación de los partidos un doble carácter de desaliento y de pasión que ejerció una notable influencia en su resultado. Los liberales, desconcertados por las persecuciones que acababan de revelar la existencia de las sociedades secretas, é intimidados por las condenas que diezaban á los miembros de las mismas, no desplegaron en la lucha el mismo celo ni la misma energía que en las elecciones anteriores. Por su parte, el gobierno, vivamente irritado por el descubrimiento de los complots organizados contra él, recurrió á la intimidación y á la arbitrariedad como á medios de defensa legítima; sus agentes desplegaron una osadía y una violencia que aún no habían mostrado nunca. Ciertos prefectos no se contentaron con publicar circulares ó bandos en que amenazaban á sus administrados con las iras ministeriales y con la denegación de todas sus instancias y reclamaciones, si votaban por el partido liberal como un partido de conspiradores, y á los electores que votasen sus candidatos, como cómplices. Los funcionarios públicos tuvieron que votar con la candidatura abierta. Prefecto hubo que el día antes de las elecciones borró del censo á los electores cuya independencia temía, ó se negó á entregarles las papeletas sin las cuales no podían votar.

Aquellas violencias tuvieron el resultado que esperaba el gobierno: los diputados de la serie sometida á la reelección eran 86; 49 pertenecían á la derecha, y 37 á la izquierda de la Cámara; de éstos únicamente volvieron 8 á la Asamblea; la derecha ganó 29 diputados.

Por otra parte, la agitación que solía acompañar á las operaciones electorales se había perdido esta vez en medio del movimiento y del ruido causados por la lucha empeñada, con motivo de los sucesos de España, entre los periódicos de todas las opiniones: lucha más activa y más ardiente que nunca, y que hasta dividía al mismo partido realista.

La oposición de Villèle á una intervención armada en favor de la contrarrevolución española dejó de pronto al partido religioso bastante indiferente; pero aquella resistencia, al prolongarse, acabó por disgustar á los prohombres de este partido que no ocupaban puestos oficiales. Desde luego, los periódicos que ellos inspiraban se limitaron á aconsejar al gobierno, por lo que tocaba á España, «un movimiento más firme y más seguro;» luego pidieron abiertamente «una marcha vigorosa y medidas fuertes.» Estos consejos y estas exhortaciones contenían una censura que los amigos de Villèle se apresuraron á rechazar. «El ministerio comprendía y cumplía perfectamente con sus deberes, decían en nombre del jefe del gabinete; la situación de Francia no había sido nunca tan satisfactoria; la seguridad de los ciudadanos y la acción de las leyes eran completas; la hacienda se hallaba en plena vía de prosperidad; las cargas de los contribuyentes disminuían; enriquecía el Tesoro; quejarse del ministerio en semejante situación era

mostrarse nada político y dar prueba de un exclusivismo más propio de fanáticos que de jueces.»

Esta acusación de *fanatismo* fué inmediatamente aceptada por la mayor parte de los periódicos ultrarrealistas. «Sí, decían éstos, somos *fanáticos* de religión y de monarquía, y abandonamos gustosos el nombre de *política* á esos doctores en derecho revolucionario cuyos sofismas saben legitimar todas las usurpaciones y todas las rebeldías.» En vano los amigos de Villèle procuraron defenderle acusando á sus adversarios «de querer ir demasiado aprisa y carecer de moderación y de razón;» éstos insistían cada vez más en pedir una intervención rápida y enérgica que librase á Europa del escándalo de la revolución española.

La razón y la moderación, en épocas de lucha política, son cualidades individuales que sólo algunos hombres poseen, pero que no muestra ningún partido; el ministro de Hacienda resistía casi solo al empuje de la opinión que lo había elevado al poder. Las instrucciones de los plenipotenciarios franceses en Verona no expresaban, en realidad, más que su pensamiento personal; Montmorency se había llevado el verdadero pensamiento del partido realista, y, en sus comunicaciones al Congreso, había sido fiel intérprete del mismo; probablemente se hubiera mostrado más reservado sin esta certeza que le dió su osadía, y quizá el mismo Villèle hubiera opuesto, á su vez, una resistencia menos abierta y menos firme á toda idea de intervención, si no hubiese esperado que la cuestión española se resolvería en Madrid, sin necesidad de que Francia gastase para este resultado su oro y la sangre de sus tropas. En su concepto, los adversarios de la revolución española, con los auxilios de toda clase que encontraban en Francia, y sostenidos por los recursos que sus recientes victorias entre el Ebro y los Pirineos les aseguraban en esta parte de España, serían pronto bastante fuertes para obligar á los partidarios de la Constitución de Cádiz á una transacción en que no intervendría más que la diplomacia, y que, restituyendo á la realeza sus principales prerrogativas, aseguraría á la nación los derechos esenciales á su bienestar y á su libertad.

La posición de los insurrectos, en el momento de abrirse el congreso de Verona, parecía legitimar esta esperanza: dueños de la Alta Cataluña, de varias plazas de Aragón, de un puente sobre el Ebro, de parte de Navarra y de la Vizcaya, sus fuerzas activas, sólo en las provincias del Norte de España, no bajaban de 26.000 hombres provistos de artillería. No solamente estas fuerzas acababan de pasar de la condición de partidas aisladas al estado de *ejército de la Fe*, sino que la insurrección tomaba nuevo carácter: su desarrollo se regularizaba, se organizaba una administración, se constituían poderes civiles y militares. La contrarrevolución española tenía un gobierno. El 14 de septiembre, un cura, un militar y un abogado: el arzobispo de Tarragona, el general barón de Eroles y el marqués de Mata Florida se habían instalado en la Seo de Urgel como miembros de la *Regencia suprema de España, durante el cautiverio de S. M. el rey Don Fernando VII*. Conducidos solemnemente á la Catedral, después de su instalación, oyeron la misa del Espíritu Santo y prestaron juramento en manos del obispo de la ciudad. Terminada la ceremonia, los nuevos regentes instituyeron un ministerio